

JESÚS CASTAÑÓN RODRÍGUEZ Y SU BIBLIOTECA *

Jesús Castañón Rodríguez amaba los libros. Siempre tenía uno en la mano; invariablemente llegaba de la calle a la casa, no con uno sino con varios recién adquiridos. Vivía dentro de ellos y a su alrededor. Cuando éramos niños, mi hermana y yo llegamos a pensar que para que él nos oyera, teníamos que transformarnos en un libro. No sé cómo le vino esa pasión pues no procedía de una familia de letrados. Nació en la ciudad de México en 1916, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús, pues vivió de milagro; hermano penúltimo de una prole numerosa y huérfana. Le gustaba decir que comprendía la Constitución de 1917 porque casi la había visto nacer como a una hermana menor. Como lo crió desde los dos años una tía que de muy niño lo llevó con ella a todas las tareas y diligencias con que se ganaba el pan, pudo asomarse al México todavía humeante por los incendios de la Revolución: a las casonas de las rancias familias porfiristas que malbarataban sus bienes y pertenencias, a los patios de piedra de Palacio Nacional cruzados por la hirsuta soldadesca de Obregón, a las trastiendas y mostradores de las fondas, cantinas y restaurantes donde la tía, la señorita gestora y comisionista Josefina Castañón Campoverde vendía y revendía joyas y bienes raíces, alimentos, abarrotos, cajas, aceite y vinos. Esta precoz entrada al gran teatro del mundo y a su papeleo despertó sin duda su curiosidad. La conseja familiar refiere que a los diez años leía con tanta pasión que, como al Quijote, lo divorciaron de su primera biblioteca compuesta de mateos, vernes, salgaris y ponsones. De ahí en adelante seguiría leyendo con avidez y suspenso, con un fervor a veces alegre, a veces nervioso, a veces —reconozcámoslo— iracundo, pues a medida que leía reconocía el abismo que media entre aquel mundo de los libros de aventuras y la muerte a crédito de la historia y la realidad.

Acaso fue esa conciencia airada la que lo llevó a estudiar leyes (después de hacer estudios de ingeniería eléctrica) al mismo tiempo que se

* Discurso leído por Adolfo Castañón el día 10 de septiembre de 1992 a las 13:30 horas, con motivo de la ceremonia de develación de la placa alusiva a la donación que se hiciera de la biblioteca de su padre al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, presidida por el doctor José Sarukhán, rector de la Universidad y el doctor José Luis Soberanes, director del Instituto.

ganaba la vida como inspector en las salas de cine y adquiría cierta experiencia política como dirigente en el Sindicato de Cinematografistas, pues no era mal orador. En esa época conoció a Vicente Lombardo Toldano, a Fidel Velázquez y a algunos otros jóvenes lobos de la flamante Revolución mexicana. Ingresó a la Facultad de Derecho en 1939, y ahí varios maestros lo distinguieron con su estima: Antonio Martínez Báez, Mario de la Cueva y Virgilio Domínguez, que fue director de la Facultad de Derecho. Como veía hormiguar la vida entre los códigos y libros de jurisprudencia y tenía conciencia vívida e inteligente de que las batallas de la historia se deciden por segunda vez en los libros, el derecho representaba para él algo tan vivo y palpitante como para otros la medicina o la literatura. Le apasionaba dos y tres veces: primero por comprender intelectualmente la lógica —lógica por excelencia tradicional— de los procesos jurídicos; luego por armar y desarmar en el ajedrez de los procesos la conducta del adversario; por acceder, por fin, después de arduas y tenaces confrontaciones a las módicas pero decisivas victorias de la justicia en los tribunales y las cortes. A sus ojos, más allá de la profesión técnica de la abogacía, no podía haber para el hombre tarea más noble que emprender la lucha por el derecho, para invocar el título clásico de Rudolf Ihering. También le gustaba jugar al ajedrez con las leyes y declaraciones, y jugar, además, para deshacer entuertos y destornar impostores, ser, en dos palabras, abogado litigante, expresión que él pronunciaba con un orgullo no exento de pudor y que para mí siempre evocó las togas, la atmósfera oscura y magisterial de los grabados de Honoré Daumier. Supongo que, además de pelear altivamente por causas en apariencia perdidas y de pugnar por débiles y vencidos en embargos, testamentos, divorcios, despidos y casaciones, experimentaba no poca fruición intelectual en los acertijos propuestos por la justicia mexicana y era, ¡claro!, un lector voraz de novelas policiales inglesas. De modo que no extraña que la primera admiración que le despertara —y muy viva— Jorge Luis Borges haya sido como editor de la célebre serie *El Séptimo Círculo*. Pero la justicia mexicana no estaba tan cerca de los ascéticos laboratorios de John Dickson Carr como próxima de las rancias covachuelas descritas por Benito Pérez Galdós o de las burocracias irracionales e insumisas descritas por Gogol, Dostoievski y Kafka, escritores que en este renglón y en los últimos años le parecían autores más bien bucólicos en vista del inquietante desarrollo alcanzado en nuestros días por el imperio oficinesco. Y no le parecía tan filantrópico *El ogro filantrópico* de Octavio Paz, al que leía con minucia y devoción polémicas.

Por fortuna, su natural don de gentes le abría las puertas de par en par en juzgados, tribunales, oficinas y registros. De niños, esta amplitud nos iluminó con el presagio de que nuestro padre conocía a todo el mundo. Conocía y reconocía a los compañeros y compañeras de la Secundaria 7 y a los de la Preparatoria, a los de su generación, a los de la Barra de Abogados y a la legión incesante de sus alumnos que le abría las puertas en todos lados. Más tarde, hace relativamente poco, acompañándolo a los tribunales recordé aquella premonición infantil y comprobé que no era en verdad tan desatinada. Saludaba al mozo del estacionamiento, a un par de desconocidos en el elevador, a la secretaria del despacho, al agente y al joven que estaba haciendo ahí su servicio social, de modo que cuando llegaba a saludar al juez, que había sido su alumno, traía en los bolsillos, por así decirlo, un capital de saludos y bienvenidas. No era, por cierto, un capital ocioso; conocía las historias de muchos y ese conocimiento le permitía moverse con cierta soltura por la marisma oficial, en la medida en que sabía relacionarse, con la misma facilidad y aunque sólo fuese como espectador, con los grandes y pequeños personajes de la comedia mexicana que animan a diario los periódicos. Porque era, desde luego, un gran lector no sólo de libros sino de periódicos, y no sólo porque leyera muchos sino porque sabía reducir y asociar editoriales y noticias, aislar perlas, anticipar en cierto modo la trama en marcha de la historia hasta el punto de adelantar, en ocasiones, la argumentación que al día siguiente armaría un Grana-dos Chapa o la perla estúpida que sabría recoger un Monsiváis. Sin embargo, su mejor conocimiento de los hombres privados y públicos no era anecdótico. Los conocía en función de su distancia o de su proximidad con la ley natural, el honor y la dignidad. Por eso, el hecho de que hubiese leído tantas novelas y de que fuese difícil mencionarle un personaje que no conociera, no podía hacerle olvidar a aquellos otros personajes que conformaban su familia elegida —los de Cervantes, de Galdós, de Balzac, Dostoievski, Tolstoi y Bashevis—. Pues en verdad, no sólo admiraba y estimaba como hermanos a los miembros de esa familia de idiotas que componen El Quijote, el Príncipe Mishkin y la Soscha de Bashevis, sino que sostenía con ellos unas relaciones fraternales y polémicas.

Desde luego esta amplitud con que se abría íntimamente al mundo, la intensidad de su compromiso con el orden público entendido en el sentido más universal, no le hacían fácil la vida —al menos interiormente—; le quitaban, sin metáforas, el hambre y el sueño. Por ello, naturalmente, desde muy joven empezó a hacerse preguntas acerca de la ley, su origen, naturaleza y sentido. Y una vez que empezó a aficio-

narse a la filosofía nunca dejó de hacerlo. Siempre tuvo a la mano un Platón y, como otros releen el *Quijote*, cada año él repasaba los *Diálogos*. Preparó un doctorado en filosofía del derecho bajo las miradas de sus maestros Eduardo García Máynez y Adolfo Menéndez Samará. Por este último profesor sintió tanta devoción que bautizó a su hijo —el de la voz— con el mismo nombre de pila. Su esposa, mujer de tacto instintivo y consciente de la importancia que revestían para don Jesús los fastos y liturgias de la vida académica, le parió al primogénito el día de su examen profesional.

Pero simultánea y paralelamente, el interés por las leyes y su naturaleza se iría desdoblando en una curiosidad no menos insaciable por la historia. Su hambre de saber y conocimiento precisaban, sin embargo, el alimento integral compuesto por los hechos de la historia universal y en particular por la historia de México y América Latina. Hizo en ella y en sus fuentes, no pocas investigaciones de primera mano: acerca de Francisco Zarco, una figura que lo fascinaba y a la que tenía siempre presente por su insobornable pureza moral no exenta de mordacidad, picardía y buen humor; sobre Luis de la Rosa, el escritor y político mexicano enemigo de Santa Anna, que representaba para él una de sus figuras discretas pero intachables que dio cierta consistencia a los primeros tercios del siglo XIX mexicano. Pero sobre todo leyó y fue en busca del tiempo perdido y recobrado en actas, sesiones y debates alrededor de las Constituciones de 1824, 1857 y 1917.

Esos momentos en que un pueblo toma conciencia de sí mismo a través de sus tribunos, en que renuncia a la furia de las pasiones, por sagradas que éstas sean o parezcan, e instaura un tribunal abierto compuesto por hombres, cuando un pueblo se promulga un nuevo código de conducta colectiva e intenta crear para sí mismo un inédito centro de gravedad, le parecían momentos venturosos y privilegiados. Pues, como escribe Octavio Paz:

La promulgación de una constitución es, simultáneamente, una ficción y la consagración de un pacto. Lo primero porque la constitución pretende ser el acta declaratoria del comienzo, la fe de bautismo de la sociedad; se trata de una ficción pues es claro que la sociedad es anterior a esa declaración de nacimiento. Al mismo tiempo, la ficción se transforma en pacto y, así, como ficción, desaparece; el pacto constitucional cambia la costumbre en norma. Mediante la constitución los lazos tradicionales e inconscientes —costumbres, ritos, reglas, prohibiciones, franquicias, jerarquías— se convierten en leyes voluntaria y libremente aceptadas. El doble principio original —el sentimiento de separación y participación— reaparece en el pacto

constitucional pero transfigurado: no es ya un destino sino una libertad. La fatalidad de nacer se convierte en acto libre.

Creo que, al igual que su amigo Jesús Reyes Heróles, cuyo discurso *En busca de la razón de Estado* prologó a instancias de su autor, sentía la secreta nostalgia de esa libertad, la nostalgia de no haber nacido algunas décadas antes para participar en los debates del Congreso Constituyente de 1917. Acaso por estas razones de dignidad civil, el personaje que más admiraba en la historia de México era Benito Juárez. A sus ojos la restauración de la República no era algo cabalmente concluido. Penúltimo liberal, creía en un liberalismo decidido en el cual la ciudadanía debía asumirse como una militancia y acaso como una misión —creencia nada anacrónica que hoy coincide con los planteamientos de Jürgen Habermas—. Así, aspiraba a un espacio público en cuyo seno la dignidad del Estado, su calidad, era responsabilidad de todos los ciudadanos; responsabilidad muy en particular, tanto de los políticos y hombres públicos como de los científicos e intelectuales que, teóricamente al menos, han hecho profesión de fe en el saber y no en la política.

Con este espíritu litigó y se desempeñó en el servicio civil; animó publicaciones, dio clases y reunió una biblioteca en cuyo catálogo debe leerse, entrelineada, su biografía moral e intelectual. Con este espíritu asistió como investigador a la instalación del Recinto de Homenaje a Benito Juárez situado en Palacio Nacional. Su devoción por Juárez no era nada arqueológica: él lo situaba, en cierto modo, en el porvenir, pues a sus ojos no podía existir ningún bien superior al de la comunidad y en la comunidad no había nada más valioso que el saber y la crítica compartidas con inteligencia, es decir, la amistad inteligente y la vida universitaria. Tal continuidad entre la vida civil y la vida universitaria la practicaba en sus clases, donde las páginas de los diarios y las declaraciones de los funcionarios públicos eran sometidos a la prueba de ácido de la crítica jurídica.

Esta devoción a la vez civil y académica le abriría las puertas de algunos amigos. Uno de ellos fue el historiador británico Ralph Roeder, con quien México tiene, por cierto, una insalvable deuda. Roeder lo guió por las plazas y palacios de la Cultura del Renacimiento en Italia y le confirmó una certeza hasta entonces sólo barruntada por él como impresión personal: la idea de que, desde el ángulo moral, ético y épico, desde la República Restaurada hasta la muerte de Obregón, la historia de México sólo puede contrastarse por el número y elevada calidad de sus protagonistas, empresas y figuras secundarias, a la de la Italia rena-

centista, la de los Médicis, los Sforza y los Borgia. De esa Italia lo atrajeron Francesco Guicciardini y Marsilio Ficino, Niccolò Maquiavelo y Francesco Patrici. Al primero le dedicó una sección completa de su biblioteca; al segundo, imperioso antimachiavelista, un erudito opúsculo. De joven se enamoró de Florencia a través de las páginas de Jacob Burckhardt; en sus últimos tiempos lo rejuveneció la pasión por Simonetta Vespucci a través de las evocaciones de Germán Arciniegas. La idea de una correspondencia entre la Italia del Renacimiento y el primer México moderno, aunada a la plasticidad y dúctil consistencia de ese momento de la historia nacional, lo hacía mirar con cierta piadosa condescendencia a quienes desdeñaban, postergándolo por servilismo o negligencia, el conocimiento de la historia de México.

Si la historia de México no carecía de sentido, menos carecía de él el presente, y el servicio civil podía ser algo más que un empleo ocasional para granjearse la pitanza. Como empleado público, primero en la Secretaría de Hacienda con Rafael Urrutia Millán y luego en la Secretaría de Comercio con Héctor Hernández y Augusto Hernández Arreola, tuvo él la ocasión cotidiana de contrastar y encauzar la acción pública en los renglones de la legislación mercantil, los aranceles, las tributaciones, y de estudiar la trama jurídica que permitiría la entrada de nuestro país al GATT. Digamos de paso que a sus ojos la crisis mexicana debía ser entendida como una crisis jurídica. No hubiera impugnado aquella frase de nuestro Mariano Picón-Salas en el sentido de que "Cada reforma constitucional en el eterno paño roto de nuestras constituciones, ha significado algo más misterioso, emboscado y torvo que lo que promete". La crisis jurídica representaba de ese modo la crisis de una sociedad cuyos interlocutores internos se desdibujan y pierden identidad; se trataba y se trata de la crisis ante las propias conductas políticas y de la crisis de una clase política e intelectual no siempre digna de su papel de mediador racional entre la ley y la sociedad.

En este marco, se comprenderá que los libros, en cuanto instrumentos de la memoria, tenían que ser leídos y para serlo realmente habían de ser criticados, comparados unos con otros. En cuanto depositarios de la memoria, en cuanto prendas vivas de la historia merecían ser conservados, rescatados. Y precisamente con vocación de rescate y piadoso afán visitaba las librerías de sus amigos los libreros, las de Manuel y Miguel Ángel Porrúa, las de Rafael Porrúa, Ubaldo López, el licenciado Álvarez, Fernando Rodríguez, Amado Vélez; recorría las calles del Centro, las avenidas Hidalgo y Cuauhtémoc, los puestos de La Lagunilla, a los que asistió semanalmente durante más de cincuenta años, tanto como a las librerías de libros nuevos, ayer las Zaplanas, las Ham-

burgos, la Madero y, más recientemente, la Gacela, las del Sótano, la Gandhi, el Juglar, los Parnasos.

Esta natural e infatigable bibliofilia, junto con su pasión por la historia, lo llevó a colaborar con Raúl Noriega en la edición de aquel benemérito *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*, donde se recogieron noticias y capítulos poco conocidos de la historia del libro y de la imprenta en México y que aún hoy citan los historiadores y mexicanistas dentro y fuera de nuestro país. Pero la bibliofilia tenía que traducirse en él en amorosa simpatía por la gente de libros, por los tipógrafos y prensistas cuyos almuerzos cocinados en las fraguas de los linotipos tuve la fortuna de compartir con él, de niño, en aquellos legendarios Talleres de Estampillas y Valores; con los encuadernadores a quienes regateaba y reprendía amistosamente, como a aquel artista, el señor Luna, a quien las encuadernaciones mestizas le salían imperfectas cuando trabajaba crudo, con resaca y ratón, y, en fin, con los lectores colegas con quienes amistaba llanamente en el café, esa premonición del ágora, esa prolongación natural de la biblioteca donde, como en el añorado Café París de Villaurrutia, Barreda y Paz, los libros bajan de los estantes, los poemas y los ensayos salen de los libros y adoptan por un instante el rostro y la voz de los amigos. Por ejemplo, y para mencionar la de uno solo con quien compartió el café *express* esporádica pero regularmente: el veraz y sagaz Manuel Calvillo, doctor admirable de las causas e historias hispanoamericanas. Desde luego, los amigos del café solían ser de todo oficio y de toda técnica, mayores, coetáneos, suficientemente jóvenes para ser sus hijos.

Por esta devoción las afinidades, indisociables del amor a los libros, sus hijos tuvimos la fortuna de ser sus amigos, es decir de encontrarnos con él en el cruce polémico de varias lecturas —por ejemplo la de Carlos Fuentes—, de necesitarlo para compartirlas y completarlas, para compartir, si se me permite, la historia de México.

Desde luego, el Café no podía ser un espacio suficientemente amplio y sensible para una persona como Jesús Castañón, que supo leer las bibliotecas consultando constantemente el diccionario de la vida. Gracias a Mario de la Cueva e Ignacio Chávez y por invitación expresa de ambos ingresó como profesor de Teoría del Estado en la Facultad de Derecho en 1967, donde impartió clases por más de 25 años y hasta casi su último día que fue, por cierto, el del eclipse total de Sol del 11 de julio de 1991.

Deliberadamente ha quedado al final de esta semblanza el espacio de la cátedra que asumió con un rigor y una devoción poco habituales. Durante muchos años dio clases dos veces al día, muy temprano en la

mañana y luego en la tarde después de jornadas completas y a veces agotadoras. Su trato discreto, fraternal y humanísimo le daba la facultad de congregiar amistades y relaciones muy diversas. Sabía, en verdad y en serio, mucho sobre los libros y sobre los hombres, pero, sobre todo, sabía escuchar. Tal vez por estas virtudes y por otras que se me escapan lo estimaban sus alumnos, por quienes se desvelaba, cuyas tesis corregía una y otra vez, cuyas historias familiares y personales sabía oír para iluminarlas con su inteligencia radical y su radical sentido humano. Esos alumnos para quienes las puertas de su casa estuvieron abiertas de par en par y que se formaron como pasantes dentro y fuera del despacho y para quienes tanto trabajó desde el Seminario de Teoría del Estado de la propia Facultad de Derecho, fueron su razón de ser, la razón de su cotidiano renacimiento.

La distancia que va de las leyes a la historia la colma el pensamiento político, el conocimiento de las instituciones, de su origen, historia y funcionamiento y, para cuando entró a impartir la materia, don Jesús ya había acumulado un caudal inestimable de libros y lecturas sobre estos temas que forman el centro de gravedad de su biblioteca, junto con la ya mencionada vasta colección maquiaveliana y el anchuroso caudal de los tratadistas e investigadores de todo el mundo, pero en especial de los países hispanoparlantes.

Dice Jorge Manrique que nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir. Nuestras lecturas no sólo dibujan nuestro rostro y el mapa de nuestra vida interior sino que configuran a su vez una biblioteca de la cual desde su origen formaban parte. Ese río de los libros reunidos y leídos por Jesús Castañón Rodríguez vuelve hoy, como él quería, a la UNAM, a través de este Instituto de Investigaciones Jurídicas que ha decidido albergarlo: vuelve al mar humano de la universidad y de la vida universitaria.